

La caída del muro de Berlín: otra perspectiva

Por ROBERT SANDROCK, OSB

Introducción

En el último número de esta revista, Norbert Eszlinger escribió sobre la caída del muro de Berlín y sus consecuencias. Tuve la oportunidad de vivir estos sucesos desde el otro lado y también tenía casi el doble de su edad cuando ocurrieron. Por eso puede ser interesante para los lectores comparar mi perspectiva con la suya. Incluiré algunas experiencias personales y familiares que me parecen típicas.

Odio a los comunistas

Nací en Alemania Federal (Occidental), muy cerca de la frontera con Alemania Oriental (RDA). Mis abuelos me mostraron la cerca de alambre de púa en la frontera, con lo cual generaron un sentimiento de horror en mi alma infantil. Por supuesto, con aquella edad todavía no era capaz de reflexionar lo que veía. Como la mayoría de su generación en Alemania del Oeste, mis abuelos sentían gran odio contra los comunistas, lo cual se sumaba a su poca reflexión política, aunque los dos varones habían estudiado en la universidad. El anticomunismo de Alemania Occidental tenía distintas raíces en diferentes ambientes: los cristianos eran anticomunistas por el ateísmo de los comunistas y las persecuciones religiosas que ocurrían en Checoslovaquia, en Hungría y en Rusia; los derechistas (entre ellos también algunos sobrevivientes nazis) tenían razones ideológicas y políticas; y los socialdemócratas no perdonaron a los comunistas el cisma (entre 1916 y 1919) del antiguo partido común, ni el trato que sufrieron sus compañeros en Alemania Oriental por parte de los comunistas.

La “política oriental” del gobierno de Willy Brandt

Las elecciones de 1969 trajeron el primer cambio gubernamental desde la fundación de la República Federal en 1949. En los años siguientes, la relación entre los dos Estados alemanes emergió como tema principal de las discusiones y conflictos políticos. En 1972 yo tenía 8 años, pocos para entender el concepto “**Cambio por acercamiento**”, de Egon Bahr, ayudante de Willy Brandt, que estuvo en el centro de las controversias y consistía en promover más relaciones en varias áreas de la política, para facilitar un cambio en el Oriente. No obstante, sí pude entender la tensión que sentían mis padres cuando el gobierno de Willy Brandt estuvo al punto de ser impugnado por el parlamento y caer a consecuencia de esta política¹. El gobierno sobrevivió a la votación (hoy se sabe que uno de los dos parlamentarios decisivos fue sobornado por el servicio secreto oriental). Las tensiones alrededor de la “**política oriental**” manifestaban también una tendencia de conflicto entre generaciones. La generación de mis abuelos apoyó en su mayoría una política de bloqueo a la Alemania comunista porque no era un Estado de Derecho. El nuevo gobierno -apoyado por mis padres y muchos de su generación, también por importantes intelectuales como los premios Nobel de literatura Heinrich Böll y Günther Grass- igualmente criticó a los comunistas. Por eso en los comienzos de los años 70 el gobierno occidental firmó tratados con los gobiernos del mundo socialista, entre ellos el de Berlín Oriental. Esto implicó el reconocimiento de la RDA como Estado independiente, un hecho doloroso para muchos patriotas, pero también una despedida de sueños

irreales. Willy Brandt recibió el premio Nobel de la Paz por su política.

Los tratados facilitaron la comunicación entre los dos Estados, por ejemplo se iniciaron más líneas telefónicas. Todavía recuerdo los problemas que causó una llamada de mi abuelo a su hermana en la RDA. La comunicación se facilitó, pero todavía quedaban dificultades. Cuando visité por única vez a mi tía abuela en 1986, todavía sentí el miedo sembrado por mis abuelos cuando me habían mostrado la alambrada de púas.

La reunificación: un sueño irreal

Después de ambos eventos de 1972, (“dramáticos” según la escala alemana, pues no hubo muertos ni heridos) el interés por los asuntos de Alemania Oriental bajó mucho en el Oeste. Otros temas (la protección del medio ambiente, el terrorismo, entre otros) tomaron el lugar principal en los debates. En 1982 mi grupo del último año del preuniversitario hizo una excursión a Berlín. El Estado apoyó con mucho dinero esas excursiones estudiantiles, para que la preocupación por el tema de la división de la patria no se perdiera; por eso para nosotros era el destino de viaje más barato. Pasar la frontera fue una experiencia impresionante. Pocas veces mi aula se había quedado tan silenciosa como en el momento en que los guardafronteras orientales entraron a nuestra guagua. El chofer y los profesores habían tenido éxito en asustarnos con los cuentos sobre los militares orientales. Pasamos unos días en Berlín occidental, que pertenecía a Alemania del Oeste como enclave dentro del territorio de la RDA, y un día en Berlín oriental, que era capital de la RDA. En una librería en el

Oeste encontramos un cartel sarcástico sobre un periódico que todavía soñaba con la reunificación. El cartel mostraba una edición ficticia del periódico con el título: “¡La reunificación! ¡Júbilo, júbilo!”. Nosotros reíamos con este texto, no éramos tan tontos para creer en un sueño tan irreal y también tan peligroso para la paz como la reunificación. Me acuerdo de este detalle por la sorpresa de escuchar la solitaria opinión de un buen amigo cuando dijo que él también manifestaría júbilo por la reunificación.

Agosto de 1989: comienza la huída masiva

Cuando en 1988 estudiaba Historia en la Universidad de Bonn, en una clase de política contemporánea en Europa oriental nos dimos cuenta de que había cambios fascinantes en el campo socialista. En agosto del año siguiente tuvo lugar la primera huída masiva de alemanes orientales por Hungría hasta el Oeste. El gobierno comunista húngaro decidió no impedirla. Alemania Occidental, que nunca había reconocido la ciudadanía de la RDA a pesar de haber aceptado su Estado, recibió a los fugitivos como ciudadanos suyos, con todo el apoyo financiero, médico y social que ofrecía a los ciudadanos residentes. La televisión occidental, que se podía ver en casi todo el territorio de la RDA, transmitía imágenes de los recién llegados mostrando sus billetes de 100 marcos (60 dólares) que habían recibido como “donación de bienvenida”. La huída se aceleró, la economía de la RDA perdió muchos especialistas jóvenes con iniciativas, y en Alemania occidental comenzaron a surgir preocupaciones sobre probables problemas para su integración. Para detener la huída había solamente tres caminos: cerrar la ruta por Hungría (contrario a la política húngara de acercamiento al Oeste), negar la entrada de los fugitivos a Alemania occidental (contrario a la política de Alemania occidental desde el inicio de la división, a todo nuestro concepto de nación y también a los sentimientos de los muchos que todavía teníamos hermanos o primos en la otra parte de Alemania) o un apoyo económico tan grande de Alemania Occidental

a la Oriental que hiciera desaparecer el motivo económico para trasladarse al Oeste. El gobierno de la RDA tenía planes para una “solución china”, es decir, reprimir las manifestaciones que seguían creciendo en agosto y septiembre de 1989, con la fuerza de las armas. Pero sin el apoyo de Gorbachov, o al menos de los húngaros, no tenía posibilidad de frenar la caída económica. Y Alemania Occidental con sus 60 millones de habitantes parecía dispuesta a acoger a los 17 millones de habitantes del Este.²

Sin planes para la reunificación

Vista desde hoy, la reunificación parece una consecuencia natural de la huída de agosto, pero hasta diciembre ni la palabra ni la idea apareció en público. En teoría, los demócrata-cristianos del canciller federal Helmut Kohl siempre habían apoyado la idea de la reunificación, y los social-demócratas opositores también, aunque con menos énfasis. Pero en la práctica, el Canciller ejerció una política de coexistencia en tiempos de paz, y nadie tenía planes concretos para una reunificación. Por muchos años habíamos aprendido que el campo comunista era una realidad que debíamos aceptar; que todo cambio podía causar una guerra nuclear (de realizarse en Alemania, destruiría toda nuestra patria y a todos nosotros; conocíamos muy bien los escenarios del horror), que la idea de la reunificación era en el fondo nacionalista y chauvinista, a la cual tampoco nuestros aliados (EE. UU., Gran Bretaña, Francia) apoyaban. Yo, estudiante de Historia, interesado en la política, con una tía abuela en la RDA (la única heroína en la familia, por su participación en las manifestaciones), estaba quizás más dispuesto a sentir los grandes cambios, pero no sentía nada. Cuando Willy Brandt, el antiguo canciller, dijo “Ahora se unen los que están unidos por naturaleza” (Jetzt wächst zusammen, was zusammengehört.) en la gran concentración en Berlín occidental un día después de la caída del muro, sus palabras eran intencionalmente muy vagas, y cuando en diciembre los manifestantes en Leipzig (la ciudad de la RDA donde a manifestaciones de cada

lunes eran más influyentes y donde las fuerzas armadas se retiraron de manera decisiva ante la inmensa protesta del 9 de octubre) cambiaron el artículo en su lema: “Somos una nación” (Wir sind ein Volk) por “Somos la nación” (Wir sind das Volk), mucha gente en el Oeste, incluso yo, lo criticó, porque sentimos el peligro de la reunificación.

Un ejemplo de la dificultad que tiene la mente humana para adaptarse a cambios rápidos es lo que me contó un empleado de la única editorial católica de la RDA, cuando visitó mi monasterio pocas semanas después de la caída. En la noche del 9 de noviembre recibió una llamada de un amigo: “Abrieron el muro.” Con poco interés en la noticia se acostó, en la mañana se despertó y su primer pensamiento fue: “El muro está abierto. Tengo que ir al occidente en seguida.” Y arrancó su carro y se fue a Frankfurt, el centro de las editoriales de Occidente.

El maravilloso noviembre

He dicho que muchos en el Oeste tenían miedo a la reunificación y no entendían bien lo que pasaba. Sin embargo, la atmósfera de noviembre era una fiesta única de solidaridad y de alegría. El 4 de ese mes hubo una manifestación de al menos medio millón de personas en Berlín oriental, que sólo tenía un millón de habitantes. El día 9 un miembro del Buró Político anunció equivocadamente que el nuevo régimen de la frontera se efectuaría “según lo que yo conozco, en seguida”, lo que causó un oleada masiva de personas que se dirigió a la frontera y los militares se vieron obligados a abrir las barreras para todos (“Caída del muro”). En el resto del mes ocurrió una impresionante recepción de los visitantes del Este con abrazos y fiestas espontáneas en todos los lugares cerca de la frontera. No era la hora de la política, sino del pueblo, de los que se vieron liberados y los que compartieron sus lágrimas de alegría. Muchos me dijeron que pasaron la frontera solamente para ver el otro lado, si vivían en Berlín miraron el “Kurfürstendamm”, la calle más popular de Berlín occidental, y regresaron a casa. Describiéndolo 20 años

después, todavía siento la gran emoción de aquellos días.³

¿Qué significa la gran palabra “liberados” o “libertad”, que he utilizado? El hijo de mi tía abuela me dijo en 1986: “Encarcelados desde hace 25 años, tendrían que liberarnos”, refiriéndose a la construcción del muro en 1961 (él tenía una buena posición en un instituto científico). Salir de una cárcel o de un país que parecía a muchos como cárcel, seguramente es un acto de liberación, pero después hay que utilizar la libertad, y así comienzan los problemas. Eszlinger habla de libertad como castigo. Habla también de estafadores occidentales que aprovecharon la falta de experiencia de los orientales y como ejemplo menciona casos de seguros dudosos.

Es cierto que hubo estafadores que engañaron a personas ingenuas en el Este. Desde la perspectiva oriental de Eszlinger, parece que el Oeste engañó al Este. Desde mi perspectiva occidental me parece que el Oeste financió al Este. Recuerdo, por ejemplo, cómo mi padre fue al pueblo de su bisabuelo en el Oriente, donde buscó a familiares con los cuales no habíamos tenido contacto desde hacía largos años. Muchas veces repitió ese viaje con paquetes. Todavía en el otoño cada persona que llegaba del Este al Oeste recibía 100 marcos, una regla introducida cuando pocas personas, la mayoría de ellos jubilados, podían viajar al Oeste.

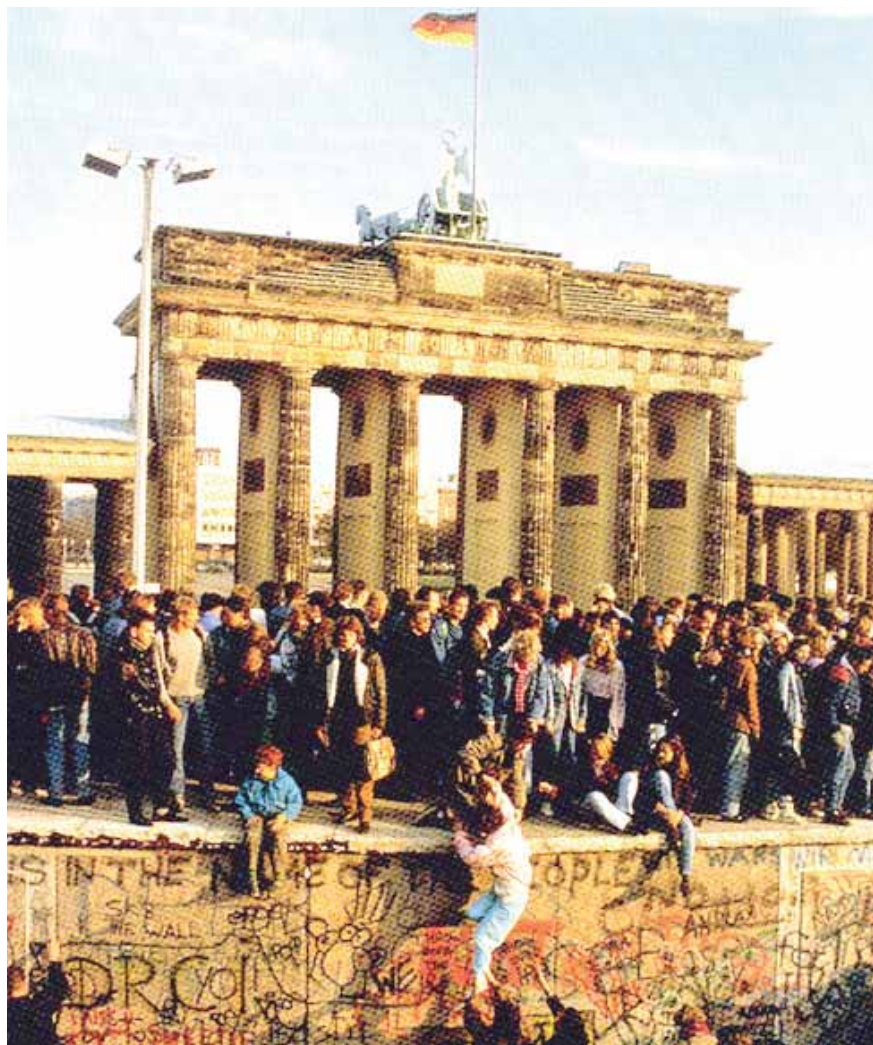
El colonialismo

En marzo de 1990 hubo por primera y última vez elecciones libres en la RDA. Pero, según mi opinión, las elecciones no fueron una expresión libre de la voluntad del pueblo. Hay que explicarlo. En la antigua RDA había un partido comunista (SED) y cuatro partidos más que eran títeres del partido dominante. En el otoño de 1989 todos estos partidos cambiaron a sus cuadros dirigentes (el SED también cambió su nombre por PDS, hoy es “Die Linke-La Izquierda”) y se presentaron al pueblo como partidos reformados. Estos cinco partidos ya tenían una organización eficaz en toda la RDA. Dos de ellos se aliaron con los Demócrata-Cristianos (CDU)

del canciller federal Helmut Kohl y recibieron amplia ayuda en todas las cosas que se necesitan para organizar una campaña electoral, incluso la presencia frecuente del Canciller mismo en sus manifestaciones. Los otros dos partidos no comunistas de la RDA se unieron a los Demócrata-Liberales (FDP), aliados del Canciller Federal en el gobierno del Oeste. Los partidos recién fundados por los opositores que habían organizado las manifestaciones heroicas del otoño de 1989 se encontraban con poca organización y escaso dinero. Unos se aliaron de una manera más superficial con los Verdes y uno solo con los Socialdemócratas (SPD). Los Verdes y el SPD eran los dos partidos opositores en Alemania Occidental. El Occidente pagó y el Oriente recibió el dinero, las estructuras y las ideas de Occidente. Con una organización ya bien establecida, el dinero occidental y la promesa de una reunificación

dentro de poco tiempo, la “Alianza para Alemania” pudo celebrar una magnífica victoria el 18 de marzo de 1990, pero muchos tuvieron la impresión de que el ganador no se llamó Lothar de Maiziere, jefe de dicha Alianza, sino Helmut Kohl, jefe del gobierno del vecino rico. En Alemania Occidental muchos piensan que el deseo de reunificación en el Oriente en aquel momento tenía más cimientos en la economía que en el patriotismo.

Lo que pasó en el campo político se repitió en la Iglesia protestante (que en Alemania tiene una sola organización a nivel nacional), en los sindicatos, las organizaciones deportivas, etc. En el Occidente se estableció la idea de “Siempre tenemos que pagar”, en el Oriente la idea de “Tenemos que aceptar todas las estructuras, todas las leyes y todas las organizaciones de ellos.”



La reunificación lograda

En noviembre de 1989, Helmut Kohl parecía poco preparado para hacer frente a los cambios. Pero desde diciembre tomó el liderazgo y logró la reunificación en un año contra la oposición inicial de casi todos los gobiernos interesados (Unión Soviética, Polonia, Francia, Inglaterra, EE.UU.). Para esto contaba con la ventaja de una economía muy fuerte en el Occidente y de la política de “buena vecindad” con la cual los gobiernos alemanes desde Willy Brandt habían logrado convencer a los vecinos de que Alemania no era una amenaza como antes de las dos guerras mundiales. La URSS recibió dinero, Polonia la garantía de su frontera lograda en la Segunda Guerra Mundial y Francia logró la aprobación alemana a la introducción del dinero común europeo, el euro.

La consecuencia de la huída masiva (que se había transformado en una emigración masiva, pero que todavía continuaba) fue la unión económica, financiera y social entre los dos Estados alemanes el primero de julio de 1990. La introducción de la moneda occidental con la estructura económica y el sistema de seguros sociales significó una gran transferencia de dinero al Oriente, pero también transformó la RDA en un protectorado de Occidente, aunque no se llamó así. Para las empresas de la RDA la unión fue un golpe fuerte, porque tuvieron que enfrentar la competencia occidental y a la vez la pérdida de muchos clientes en el campo socialista. Muchas marcas de la RDA, por ejemplo los automóviles “Trabant”, ya no existen y muchas regiones se quedaron con poco empleo.

Los controles en las fronteras cesaron el mismo primero de julio, y todavía tiene un lugar de honor en mi colección la foto de un grupo de estudiantes caminando por una cerca rota. La saqué dos semanas después al pasar por la división territorial que había causado tanto dolor y que me había dado tanto miedo, ya sin los guardafronteras.

El 7 de octubre de 1989 la RDA había celebrado sus 40 años de existencia. Mijail Gorbachov⁴ en esta ocasión dijo: “A quien se atrase, la vida lo castigará”,

que hoy es un dicho alemán. Dos días después, las fuerzas armadas en Leipzig se retiraron ante los manifestantes. Menos de un año después, el 3 de octubre de 1990, los alemanes celebraron el fin de una separación antinatural que tuvo su auge cruel en el muro de Berlín.

Resultado

El resultado de Eszlinger es muy pesimista. En particular echa de menos “un cierto nivel básico de solidaridad” que según él falta en la Alemania de hoy. En la RDA creció una solidaridad entre la población, lograda por la educación, mientras que nuestra educación fue más individualista, por eso en Alemania Occidental faltaba ese nivel básico. Para apoyar su tesis ofrece los ejemplos de la organización “Volkssolidarität” (Solidaridad del pueblo) y de la solidaridad internacionalista que la RDA mostró con Cuba y Nicaragua. Temo que él no comprendió la relación entre la palabra y la realidad. El uso de la palabra “Solidarität” no crea solidaridad. En Alemania Occidental y en la Alemania unida existían y todavía existen muchas formas de solidaridad, organizada o espontánea. Por ejemplo, mi comunidad eclesial en la universidad organizó una colecta por Cuba en los años 90. También recuerdo los plátanos negros. Para apoyar a Nicaragua algunos monjes de mi monasterio compraron muchos plátanos de este país, demasiados para comerlos o regalarlos antes de que se hubieran echado a perder. La solidaridad con “el tercer mundo” era un gran tema en muchos grupos de las iglesias y también de la izquierda política. ¿Cómo llamaremos a la actitud de las obras católicas *Misereor* o *Adveniat* o de la obra “Brot für die Welt—Pan para el mundo”, de la Iglesia protestante, sino como “solidaridad”? Dentro del país, por ejemplo, hoy existen las “Tafeln—mesas”, organizadas por voluntarios que proveen almuerzos para pobres. Es decir, la solidaridad todavía existe en Alemania, pero según nuestro concepto solidaridad es en primer lugar tarea de la gente y de sus organizaciones (por ejemplo, las iglesias). Y solamente si estas iniciativas no logran ayudar eficazmente a los ne-

cesitados, el Estado tiene que intervenir (concepto de la subsidiaridad). Además, con diez años de experiencia en la enseñanza, tengo dudas de la posibilidad de aprender la solidaridad en la escuela.

Una afirmación en el artículo de Eszlinger es fácil de ser malentendida: él habla de salarios distintos para occidentales y orientales. Esto no se refiere a empleados de la misma empresa, sino a empresas en el oriente que antes, por razones de su situación económica problemática, pagaron menos que las empresas en el occidente. Hoy los salarios son más parejos que en los primeros años de la reunificación.

Las conclusiones de Eszlinger dan la impresión de que los alemanes en el territorio de la antigua RDA, en general, son demasiado pobres para disfrutar de las libertades. La realidad es otra. Hay que admitir que el porcentaje de pobreza es más alto en el Oriente. Pero la sociedad alemana sigue siendo más igualitaria que, por ejemplo, la de EE.UU. Y el sistema alemán provee para todos educación, tratamiento médico de alto nivel y las necesidades básicas de la vida.

El Alcalde Regente⁵ de Berlín occidental expresaba un sentimiento común cuando decía el 10 de noviembre de 1989: “El pueblo alemán hoy es el más feliz del mundo.” ¿Habría sido justo decirlo o sentirlo si se hubieran conocido los problemas que comenzaron aquel día, incluso lo que llamé colonialismo? Digo que sí, y pienso que la gran mayoría de mis compatriotas en el Oeste, como en el Este, estarían de acuerdo.



Notas:

(1) Konstruktives Misstrauensvotum (“Voto constructivo de falta de confianza”) es el nombre de una acción prevista en la constitución alemana por la cual el parlamento impugna al canciller federal junto con todos los ministros y en el mismo acto elige a un nuevo canciller. Por la necesidad de elegir a un nuevo jefe de gobierno se llama “constructivo”.

(2) Un chiste de la época contaba el regreso del líder de la RDA, Erich Honecker, de una visita de Estado: “Todas las luces de Berlín oriental están encendidas, pero no se ve a nadie. Al buscar una persona que le explique lo ocurrido corre por las calles vacías hasta que ve un hueco en el muro con un cartel que dice: Erich, eres el último. Apaga las luces.”

(3) Los chistes más populares en Alemania Occidental en el otoño de 1989 se relacionaban con el carro en el cual los orientales aparcaron en el Oeste, el “Trabant”, llamado “Trabbi”. Por ejemplo: “Un Trabbi se para en el campo. Un excremento de vaca le pregunta: ¿Qué cosa eres tú? Responde el Trabbi: Yo soy un carro. - Si tú eres un carro, yo soy una pizza.”

(4) Contrario a la situación en su patria, Gorbachov sigue siendo venerado en Alemania casi como un santo. Helmut Kohl, por su parte, perdió mucha popularidad después de su derrota en las elecciones federales de 1998, cuando se descubrieron donaciones ilegales que había recibido en secreto para apoyar su influencia personal dentro y fuera del partido.

(5) Título oficial de la máxima autoridad civil de Berlín.